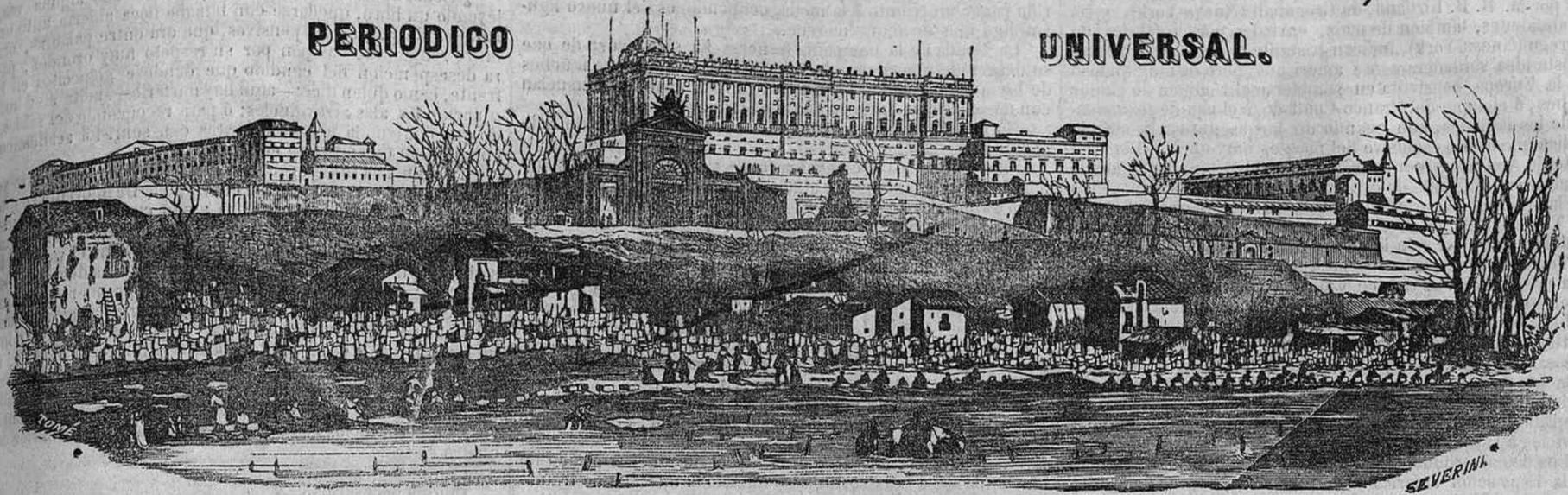


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 46.—SÁBADO 15 DE NOVIEMBRE DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

REVISTA DE LA ESPOSICION

DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

ARTÍCULO II.

¿Qué contiene ese inmenso receptáculo de la industria humana, que puede muy bien llamarse el palacio de todas las naciones, cuando dos días de verano no bastan para el examen superficial de una esposicion, que como todos saben es muy incompleta?

Cuando llamamos incompleta á la esposicion americana, debe entenderse que la queremos comparar con lo que los Estados de la Union hubieran podido remitir. Todos los americanos convienen en que los envios hechos representan de una manera muy imperfecta el estado de su industria; pero esto consiste en un motivo plausible.

Ha faltado tiempo á los productores americanos para la confeccion y espedicion de sus artefactos, porque han calculado estrictamente sus remesas por el plazo riguroso fijado en un principio por la comision ejecutiva, y que despues se ha ido prorogando en favor de los esponentes europeos. Ya hablaremos de nuevos productos, que indicarán por completo el conjunto de la industria trasatlántica.

Todo lo que hemos mencionado en nuestro primer artículo se ha ejecutado en seis semanas de trabajo.

No son tan pocas, como nos parecieron al principio, las primeras materias enviadas por los Estados. El espacio que estas producciones ocupan, es por el contrario muy rico, y presenta sin duda alguna la parte mas interesante de la esposicion de la gran república del Nuevo-Mundo.

El algodón, que la industria moderna emplea en cantidades incalculables, está representado por magníficas muestras de MM. G. L. Holmes, de Memphis (Tennessee), de J. Nailor, G. D. Mitchell, de Viesburg (Missouri), y de otros muchos propietarios de los diversos Estados meridionales.

Al mismo tiempo las muestras de lana remesas por MM. P. A. Brown, de Filadelfia, J. F. Ewing, de Washington, S. Sibley, de Hopkington (Nuevo-Hampshire), y A. M. Kimber, y compañía, de Filadelfia, manifiestan que los americanos no se dedican única-

mente con empeño al cultivo del algodón, y que los Estados del Norte necesitan tejidos mas blandos y calientes que aquellos en que entra el algodón como base. Ha agradado pues muchísimo una muestra de lana merina, espuesta por M. J. P. Blakesles, de North-Castle (Nueva-York).

Los aceites americanos se han enriquecido con un nuevo producto, á saber, el aceite de lardo, que MM. Holbrook y Stanley, manufactureros de Cincinnati (Ohio), extraen de la carne de cerdo, por medio del vapor. Dicho aceite se fabrica en América un cincuenta por ciento mas barato que el de ballena, al cual por otra parte reemplaza con ventaja, como medio necesario para el alumbrado. Es probable que este producto no ofreciera las mismas condiciones en Europa, donde el lardo es mucho mas caro que en América; pero en esta parte del mundo es tal vez un nuevo manantial de riqueza que la Esposicion universal revela á los especuladores de Hungría, de Polonia y de las restantes comarcas de la Europa Oriental. Tambien se han espuesto algunas muestras

de aceite de higuera, de hígado de bacalao y de esperma de ballena.

Las tenerías de la Union han enviado tambien hermosas muestras de cueros, algunos de los cuales, espuestos por M. I. Pratt, de Prattville (Estado de Nueva-York), estan curtidos con corteza de cicuta.

Las preparaciones alimenticias son bastante numerosas. El Ohio ha remitido sus jamones conservados con azúcar en vez de sal, y M. R. M. Hough, de Ohioeio, dos tercios de carne salada de primera calidad, uno de los cuales contiene cuarenta y dos piezas. Junto á ellos se ve un tonel de grasa de buey, que sirve para el uso de la cocina, lo mismo que el sebo de carnero para hacer velas. Pero el objeto mas notable en esta clase es la *galleta de carne concentrada* espuesta por M. Gail Borden, de Galveston (Tejas): esta galleta se prepara haciendo cocer carne de buey por espacio de diez y seis horas consecutivas; se separan despues los huesos y las fibras que no se han disuelto enteramente, y el residuo se somete á eva-

poracion hasta que toma la consistencia de la melaza: entonces se le mezcla harina pura en cantidad suficiente, y se cuece todo como la masa de la galleta comun. Esta preparacion, que no contiene sal ni especie alguna, se ve libre de insectos, y se conserva perfectamente durante un año, aun bajo el sol abrasador de Tejas. Una libra de esta sustancia representa cinco, cuando menos, de excelente carne, y los soldados de los Estados-Union, que defienden sus fronteras contra las incursiones de los indios, se contentan con dicho alimento. El precio de venta es sumamente moderado, y su ligereza relativa á la gran proporcion de sustancia nutritiva que contiene la preparacion, hace que la elijan con preferencia los atrevidos viajeros que atraviesan los desiertos del Misouri hácia las montañas auríferas de la California.

La América, que remesa tantas harinas á Europa en los años de carestía, no podia dejar de esponer en el Palacio de cristal muestras de sus mejores productos en este género. MM. A. Harmon, de Clifton, J. Lithrod, de Leroy, M. S. y H. J. Leach, de Lions, todos los del Estado de Nueva-York, se han propuesto representar á la *molinera americana*, en la feria del mundo, como se dice al otro lado del Atlántico. Pero el grande empeño de los americanos respecto á esta clase de produccion, es sustituir en todas partes la harina de maiz á la de trigo,



Carraca monstruo; producto de la industria francesa.

que es el producto favorito de su agricultura. Las innumerables muestras de maíz, de todas formas y colores, espuestas en el departamento destinado á las primeras materias por M. B. B. Kirtland, de Greenbush (Nueva-York), y las de almidones, también de maíz, enviados por la fábrica de Osvego (Nueva-York), indican bastante la osada persistencia de esta idea verdaderamente americana; pero es muy dudoso que la Europa consienta en someterse al régimen de comer puches, á ejemplo del Franco-Condado, ó el pan de *formetone* de los italianos, aun cuando no nos asegurase la ciencia médica que el uso exclusivo del maíz es muy nocivo. Por otra parte, la América produce trigos de calidad superior, como lo prueban las muestras de candeales, remitidos á la Exposición por la sociedad de agricultura del Estado de Nueva-York y por M. Thomas Belt, de Morisania. Creemos que los americanos no deben sacrificar esta industria á la otra.

También se ha visto otro producto de su suelo, que la Europa no conocía: el vino de Catawba; pero ha permanecido encerrado en cajones, pues sufre las consecuencias de la prohibición establecida contra todos los vinos espirituosos.

Hay asimismo un herbario que manifiesta las muestras más curiosas de la Flora americana. Es un gran pensamiento, cuya imitación por otras naciones estrañas á Europa hubiera suministrado datos preciosos á la ciencia de la Botánica, tan incompleta todavía, y que sin embargo puede hacer grandes servicios á la industria.

Los demás productos del reino vegetal que más abundan en la Exposición americana son tabacos, azúcar de arce y azúcar de caña.

Los del reino mineral son numerosos, interesantes y sumamente variados. Recorriendo con la vista el conjunto de esta colección, se reconoce al punto que las entrañas del Nuevo-Mundo encierran, poco más ó menos, la misma serie de minerales que los del antiguo continente europeo. La compañía de explotación de las minas de Nueva-Jersey ha espuesto magníficas muestras de zinc y de óxido blanco, destinado á reemplazar el albayalde. Los minerales de hierro son inmensos; y MM. Morell, Steward y compañía, de Cincinnati (Ohio), han remesado una plancha de hierro batido con minerales de aquel Estado, al mismo tiempo que la fábrica de Adirondac (Nueva-York) ha hecho lo mismo con muestras de hierro y de acero, y con quinientas libras de este último metal fundido. Se ven además otras muestras no menos estimables de minerales de hierro magnético y de óxido de hierro fosilífero.

MM. W. y J. W. Ward, de Boston, han presentado una colección muy variada de muestras de cobre del estado de Massachusetts, y el doctor L. Feuchtwanger, de Nueva-York, un gabinete completo mineralógico, en el cual se encuentran estalácticas, dientes fósiles de Mastodonte y de Mammouth, topacios de Connecticut, petrificaciones estrañas, plomo argentífero de Nueva-Hampshire, que contiene 75 por 100 de plomo, y 100 onzas de plata por cada barrica, mineral de cromo, barita de azufre de Connecticut, una masa de cobre en bruto que pesa 2,544 libras, sacada de la mina nordeste del lago Superior, y cinabrio de California. M. Cathin ha enviado una colección de cuarzos geodésicos, recogida en el alto Missisipi, y cuyas cristalizaciones son muy curiosas.

Abundan las muestras de mármoles. El doctor Feuchtwanger, ya citado, ha espuesto mármol negro de Vermont y verde antiguo. La estatua del Indio herido, por Stephenson, es de mármol blanco, de un hermosísimo grano y muy á propósito para el trabajo del estatuero, aunque tiene algunas ligeras venas.

El antrácito americano se halla representado por escogidos ejemplares: entre otros merecen particular mención los de M. C. W. Peale, de Nickersville (Pensilvania), sacados de una veta de 20 pies de grueso, situada á 70 brazas debajo del nivel del mar. M. E. H. Sims, del condado de Buckingham (Virginia), ha puesto á la espectación pública una mesa muy fuerte de pizarra y varias muestras de la misma materia para techumbres.

La molibdena ó lápiz plomo, espuesto por M. B. W. Richards, de Filadelfia, y M. Seaburg, de Nueva-York, es de la mejor calidad: á su lado se encuentran una colección completa de crisoles del mismo mineral, que como se sabe, es infundible por alta que esté la temperatura; dichos crisoles pertenecen á la fábrica de M. G. B. Atwood, de Taunton (Massachusetts).

El Estado de Maryland ha acogido la acertada idea de remitir á Londres una muestra general, en que se incluyen las de todas sus producciones minerales, vegetales é industriales. Si los demás Estados hubiesen imitado su ejemplo, la Exposición americana nos hubiera ofrecido en un conjunto muy fácil y á propósito para el exámen, la interesante estadística de sus riquezas nacionales.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

Con la misma ansiedad que se espera un figurin de la capital de Francia, así esperaban algunos la llegada de la compañía francesa que debía actuar en el teatro de la Cruz. A pesar de saberse que entre los actores que la formaban no había ninguno notable, el mundo elegante consideró esta novedad teatral como una cuestión de figurin, y se apresuró á pedir abonos y á mirar con cierto aire de compasión á los que tuvieron el mal gusto de asistir á un teatro español el día en que se abrió el coliseo de la Cruz.

El teatro estuvo concurrido la noche de la apertura. Componíase el público de muchos de los franceses residentes en Madrid, de españoles que entienden el francés, de muchos que no lo entienden, pero que no querían pasar por el ridículo de no entenderlo; y la mayor parte por curiosidad. Gustó el *vaudeville*, y disgustó generalmente el drama. En las funciones siguientes ha habido alguna alteración, y la concurrencia no ha sido muy numerosa. Los que quieren ver la parte ridícula que llevan consigo algunas modas, asistan al coliseo de la Cruz, y en medio de algunos que puedan comprender lo que allí se representa, tendrán ocasión de observar á una falange y no poco numerosa de los que no comprenden una palabra, y que se rien á veces sin saber por qué, y aplauden el más insignificante movimiento de cualquiera de los actores: pero no

importa, tenemos en Madrid un teatro francés; este debe ser el figurin del día, y siguiendo la moda es preciso hablar de él como del asunto más palpitante. También nosotros hemos querido pagar un tributo á la moda, ocupándonos del nuevo figurin algo más de lo que merece.

La venida de la compañía francesa ha sido causa de que se desarrolle una afición decidida á hablar francés, y muchos de los que no pueden seguir una conversacion, se consuelan con mezclar de cuando en cuando alguna palabrita.

No hace muchas tardes tuvimos ocasión de oír en el Prado el siguiente diálogo:

—Ha visto usted la compañía francesa? preguntó una joven muy bella y elegantemente ataviada á un joven que se aproximó á saludarla.

—Si señora, he estado dos noches.

—Nada más que dos noches! pues yo no faltó ninguna.

—Hoy pienso ir también.

—Y que le parece á usted el *père noble*? volvió á preguntar la joven.

—Qué decía usted?

—No habla usted francés?

—Si señora, respondió el joven avergonzado, ¿no recuerda usted que estuvimos juntos en Biarritz?

—Le preguntaba á usted qué le parecía el *padre noble*?

Esta vez quiso la niña ponérselo en español, echándola de maestra.

—Me ha parecido bien; contestó el joven algo picado de que la hermosa niña se hubiese tomado la molestia de traducir las palabras francesas, bien á su capricho.

—¿Y el *jeune amoureux*?

—También.

—Quiero decir el *jóven amoroso*.

—Si señora, si lo he entendido, respondió el joven incomodado mucho más que la primera vez, de la traducción.

El padre de la niña que la llevaba del brazo, tomó parte en la conversacion; quiso también dar su voto sobre la compañía francesa, y muy principalmente sobre un bailecito bastante libre de que tanto gustan nuestros vecinos.

—¿Y que le ha parecido á usted aquel baile francés? ¿Mucha gracia, no es verdad?

—Si señor, contestó el joven.

—¿Qué agilidad, qué soltura en aquellas manos!

—Si señor, mucha soltura.

Sobre todo, dijo el papá, estendiendo el brazo izquierdo y colocándose la mano derecha en la parte posterior de la cabeza; aquella postura es graciosísima!

Fué tanto lo que al buen señor le gustó el baile, que se olvidó de que estaba en medio de un paseo, y se entusiasmó hasta hacer la figura que tanto le había llenado.

Es de advertir que este es uno de los muchos padres que bufan cuando en algunas obras dramáticas hay situaciones que tienen el mas pequeño viso de inmoralidad; pero la moda tiene el don especial de trastornar lo mismo á la joven de veinte años que al viejo de sesenta, y así nada debe estrañarse.

En medio del fanatismo de la moda, no ha faltado quien dé una lección severa á esa parte voluble del público, que tiene la pretension de llamarse ilustrada. La Reina de España no quiso asistir al teatro francés, y el mismo día de la apertura hizo pasar una comunicacion al coliseo del Principe, manifestando á su director que deseaba asistir aquella noche, y que se le preparase una funcion de autores españoles. El teatro estaba completamente lleno. S. M. fué saludada con vivas; ella misma aplaudió repetidas veces á los actores, y llovieron sobre la escena multitud de ramilletes concluida la representación de la comedia del teatro antiguo *Marta la Piadosa*.

La alta sociedad de París huyó del teatro en que se presentó la compañía española dirigida por don Juan Lombía: la alta sociedad madrileña se apresura á aplaudir á una compañía francesa que vale mucho menos, olvidándose que contamos todavía con actores como Matilde Diez, Teodora Lama-drid, Romea, Guzman, y Arjona.

No faltará quien nos moteje porque no hemos tributado exagerados elogios á la compañía francesa; creemos sin embargo ser muy imparciales diciendo que son unos actores regulares y nada más. Hubiéramos elogiado como se merecen á la *Rachel* ó á la *Dejazet*, á *Bouffé* ó *Arnal*, pero no queremos tributar por moda alabanzas innecesarias. ¿Cuánto no se reirán nuestros vecinos cuando sepan que con tan poco nos contentamos!

Dos comedias nuevas se han puesto últimamente en escena en el teatro del Principe, y ambas han obtenido buen éxito. La primera, del señor don José María Diaz, titulada *Para vencer querer*: el plan es bastante sencillo; el primer acto es muy bueno, en los siguientes se advierte bastante languidez: tiene diálogos escritos con intencion y viveza, y la versificación es de lo más correcto. La ejecucion por parte de las señoras Diez y Palma y los señores Romea y Guzman nada dejó que desear. El autor fué llamado á la escena.

La segunda producción es una pieza original en un acto titulada *Cero y van dos*. Es la primera obra del señor Coupigny, y el público la aplaudió con harta justicia llamando á las tablas al autor. La ejecucion fué excelente. El señor Coupigny puede estar satisfecho de su primer ensayo, y debe alentarse á escribir otra obra de más empeño.

En el teatro del Instituto se ha representado el drama titulado *Mercaderes*. Este es el nombre del protagonista, agiotista sin fé, dispuesto á explotar el talento de su esposa y la belleza de su hija, á engañar á sus amigos y á fingirse humilde ó orgulloso segun la situacion en que se encuentra. Mr. Balzac presenta un cuadro inmoral y repugnante, pero con situaciones sumamente cómicas y con chistes llenos de acritud, que aunque producen la risa, dejan siempre cierto desconsuelo en el corazón. Hubiéramos deseado ver esta producción en otro teatro y en manos de otro traductor.

No siempre se muestra risueña la fortuna, y el teatro del Circo acaba de recibir una prueba. Decíamos en nuestra anterior revista, que la direccion debía marchar con pies de plomo antes de poner en escena una nueva ópera despues de la del señor Barbieri: el éxito desgraciado de la zarzuela *El confitero de Madrid*, ha venido á justificar nuestros temores. Deseamos buena suerte á la primera obra que se presente en la liza.

F. M.

LOS PUNTOS SUSPENSIVOS.

¿A cuál de mis lectores no le habrá sucedido alguna vez, leyendo un libro, quedarse con tamaño boca abierta ante un batallón de puntos suspensivos, que ora entre palabras, ora entre renglones, campan por su respeto muy orondos, ora ra desesperacion del cándido que dándose golpes en la frente, como quien dice:—aquí hay misterio—suelta á su imad que contempla los tales puntos con sonrisita académica, como quien dice:—ya te entiendo?

Tres buenas interrogaciones como la presente apostara yo á que no hay persona que me contradiga. De imprenta sé que en un miserable tomo de poesías agotó cuantos puntos suspensivos existieron en las fundiciones de Madrid, por lo que dicen los murmuradores que es llenar de plomo el vacío de la mollera, ó decir lo que no se puede ó no se sabe decir, en manera que tampoco se puede ni se sabe comprender; pero aquí es la calumnia manifiesta, pues el que pone los puntos suspensivos no sabe de las mas veces por qué los pone ni en dónde los pone, sino que obedece á una inspiracion rabiosa, á un frenesí de conquistador, y va poniendo sus puntos en batalla á guisa y en ánimos de dar un asalto á la inmortalidad.

Numerosa es por demás la familia de los puntos suspensivos, y á pesar de los lazos que los unen podemos dividirlos en cuatro clases:

Puntos indispensables.

Puntos necesarios.

Puntos imitativos.

Puntos en putrefaccion.

Puntos indispensables son aquellos que tiran á verdes, y que á pesar de los pesares arrancan al lector malignas sonrisas dándole á entender á tiro de ballesta que el autor no ha podido pasar por otro punto. Hay ocasiones en que el mas bragado se ve en el aprieto de poner estos puntitos, y ¡Dios nos libre de semejantes ocasiones! Mil ejemplos pudiéramos citar. En la poesía que llaman tonta, sin que sepamos por qué, acaso porque es la verdadera poesía, encontramos citas abundantes y *d'elite*.

Los pastorcillos se besan...

y... se adormecen despues...

Francamente, todos estos puntos suspensivos, sobre *indispensables*, son de muy buen efecto. Los *pastorcillos se besan...* y despues de besar, ¿quién no pone puntos suspensivos, quién no dice:—alto la procesion—, á menos que se vuelva loco? Vamos claros: ¿hay cosa que fatigue como un beso? ¿No refrieron los periódicos del año 47 el donoso lance de un andaluz, que por apuesta con un médico comenzó á asestar besos y más besos sin ton ni son á una señorita, y antes de los veinte ni daba ni tomaba, sino que hacia el mas lastimoso moribundo?

Los puntos suspensivos siguientes (y... se adormecen) son todavía mas indispensables, y en lo *verdoso*, pudieran apostárselas al mismo campo en abril. Ya se vé, despues del beso, ¿qué cosa mas natural que la conjuncion copulativa? y despues de la conjuncion, ¿quién puede negar su plaza á los puntos suspensivos, que son como si dijéramos el vacío, la nada, el punto que queda suelto, el punto del beso... y el punto de la y...?

Esto revindica á la poesía que llaman tonta. ¡Miren que tonta, y ni se anda por las ramas, ni menos deja de acudir con el remedio al punto donde sucede algun fracaso! Así, así. Lógica, señores poetas, lógica. No sin razon yo me perezco por esta poesía sublime, por esta poesía en que todo es natural, todo está en su sitio: despues del encuentro, el beso, despues del beso, la y... con su contera de puntos. ¿Y que diremos de los que se adormecen despues...

última ratio, divino epílogo, cola indispensable, verde espiga de esta verdura? Vuelvo á repetirlo, porque me encanta.

Y... se adormecen despues...

Díganme todos los sabios de Grecia si hay cosa de mayor sabiduria, medicina de mejor efecto, que echar un sueñecito á pierna suelta despues de haber besuqueado á diestro y á siniestro, como dice el versículo. ¡Oh, estos puntos sí que son puntos!

Otras veces la pluma del escritor, escopeta que carga e diablo, se resbala... se resbala... (estas son de la tercera clase.) Y ¿qué ha de suceder al fin? Que pára en hacer puntos suspensivos, pero en grande, no por compañías, sino á regimientitos, á ejércitos, como se prueba con el mismo Eugenio Sue.

Si mis lectores han leído *El Judío Errante*, que si habrán, de seguro se les acordará que los postres de este banquete delicado son... (ut supra) como si dijéramos, la manzana de nuestra madre Eva, que se la comen entre Adriana y aquel príncipe Djalma, que mas que de príncipe tiene del oso que se almorzó á D. Fabila. Allí el autor se resbala que es un contenido; parece que está patinando; y de pronto ¡zas! una hoja de puntos suspensivos *indispensables*. ¿Qué mejor? con decir luego que la tal manzana se les indigestó á entrambos, queda cubierto el único flanco por donde son atacables los puntos suspensivos.

Pero basta ya de indispensables, y arremetamos con los necesarios.

Asombrará á nuestros lectores que en un artículo destinado á tratar tamaño tontería, y sobre todo á hacer reir, nada se ha dicho aun de los enamorados, de sus correspondencias, y sic decéteris; pero páseles el asombro, que ya les llegó su vez.

De dos maneras puede empezar una carta de amores. *Amada mia...* (con puntos suspensivos) ó, *amada mia*: (con dos puntos solamente). A decir verdad ¿cuánto mas elo-cuentes, retóricos, poéticos y amorosos son los puntos suspensivos que los otros dos prosáicos y miserables? *Amada mia...* con puntos suspensivos, da á entender que al Amadís se le va el alma y el aliento tras la palabra dulcísima; al paso que el que escribe *amada mia*: con dos puntos, está fresco y orondo como una lechuga.

Pero donde mayor papel hacen los puntos suspensivos necesarios es en el periodismo. Cuando la famosa cuestion del *Entierro de la Sardina*, ¡no estuvo Madrid á punto de espatañarse de gusto con el magnífico espectáculo de un artículo del *Católico*, que acababa así:—¡Oh! *El Entierro de la Sardina...* con sus *anexidades...* y *conexidades?*...

Y habrá quien niegue á la forma mas influencia que al fondo?

Entre todas las clases de puntos suspensivos que hemos numerado, los que andan siempre en danza, los que se pueden llamar presidentes de la república de los puntos, son los imitativos, porque se acercan mas á su significacion genuina, y por consiguiente son mas gráficos. Entre estos deberíamos de distinguir una seccion aparte, una hijuela, un *partit*, una *polaqueria*, que tituláramos puntos *horripilantes*, porque su mision en el mundo, ¡como quien no dice nada! es helar toda la sangre en las venas de los lectores, es tenerlos en un ¡ay! continuo, como en los tiempos felices de las deportaciones y de los fusilamientos.

La época de estos puntos en la literatura va de bolin de bolan. Hace quince años eran gente á la moda, y se topaba uno con ellos por todas partes. Aquel fué su siglo de oro, su siglo de Augusto y de Pericles. Sus vasallas las imprentas gemian que era un dolor y soportaban mal su despótica tiranía. ¡Cuántos impresores no murieron por aquella razon tísicos de remate! Abramsos cualquier libro de aquella época, en verso ó prosa, ó en ambas cosas á la vez, que tambien los hay. Sean unas endechas románticas lo primero con que topemos, que no será lo último la prueba de nuestros puntos *imitativo-horripilantes*.

¡Maldicion...!!!

Aquí ruego á mis lectores que se recojan un momento dentro de sí mismos, y me digan despues si no les parece un magnifico rayo de genio esa palabrilla con sus *anexidades y conexidades*. ¡Cuánto puede venir detrás! Dicho por el poeta no sería cosa mayor; pero adivinado por los lectores puede ser tanto ¡tanto! Puede ser todo lo que á ellos les dé la gana de imaginarse. Aquí de lo sublime del silencio. Digan los criticos lo que quieran, á mí me ataca á los nervios mucho mas esta ¡maldicion...! con puntos y admiraciones, que el silencio de Edipo rey, cuando sale hecho un tigre del panteon de Layo.

Pues los tales puntos en cuanto á imitativos tampoco tienen mérito que digamos. Vuelta á escribir la palabra, que así la admiraremos mejor.—¡Maldicion...! Entre la *n* y las admiraciones hay, como si dijéramos, un abismo sin fondo, el canal adonde se arroja el poeta incontinenti, cuatro balas para dos buenos tiros con que se hará en su cabeza un Dos de Mayo. Pero apartémonos de cuadro tan horroroso. *Requiescat in pace*.

Los puntos solamente *imitativos* representan una idea menos sabia por lo comun, aunque algo rabiosilla tambien; pero no llega ni con mucho á la de los *horripilantes*. Los enamorados usan de ellos muy á menudo cuando fingen sus desesperaciones y agonias. Verbigracia.

Te amé ayer.... hoy.... te aborrezco.

Repárese cuán bien imitan los puntos suspensivos la transicion de un día á otro. Esto es de mucho ingenio. En un día puede hacer una muger tantas picardigüelas!

Los puntos suspensivos del *ayer*... parece como si imitaran las 24 horas mortales que el poeta ha pasado royéndose las uñas hasta escribir ese *hoy*... magnifico con cinco puntos, vera efígies de las cinco llagas que se le abren en el corazon, al escribir *te aborrezco*, corona y fin de tan elocuente párrafo: *Finis coronat opus*.

Para concluir este artículo cronológicamente faltanos hablar de la cuarta clase en que se dividen los puntos suspensivos, de los *puntos en putrefaccion*. Este raro título á nadie se le ocurrió hasta ahora, estamos seguros, ni á nosotros se nos ocurriera sin la lectura de un excelente libro extranjero en que por primera vez los encontramos: *La piel de zapa* de Balzac. Profanos, impíos, blasfemos van á llamarnos muchos inteligentes, porque tenemos la conviccion profunda de que Balzac vivió dominado de un amor ilícito á los puntos suspensivos, de un amor como el de Abelardo y Eloísa, como el de los amantes de Teruel, amor que le llevó hasta ponerlos en todas partes, en vez de comas, en vez de admiraciones, en vez de puntos finales, con despilfarro inaudito. De su pluma llueven. En la pág. 27 del tomo 1.º de *La piel de zapa*, edicion de Bruselas, 1833, hemos contado por capricho 266 puntos suspensivos; y en cuanto á la oportunidad con que algunos estan colocados, véanse estas pruebas, entresacadas al azar.

Su corazon es solo un juego de naipes...
Las casas de juego no son sublimes sino al comienzo de sus sesiones....

Ni un clavo siquiera puede facilitar el suicidio....
Algunos jugadores estaban ya allí....
Si....—No....—Juego....

Entrevieron algun misterio horrible en el rostro del novato....
Hacia ya dos dias que andaba sin guantes....
Jugad.... Está jugado....
Un médico preparando fumigaciones....
Y no le hizo bajar los ojos....

Fuera el cuento de nunca acabar. Cuando los puntos suspensivos, como estos, no sirven para nada, deberán de podrirse por ley natural, con lo que se verifica el título que les hemos dado; pero ya que arribamos al fin de este artículo, no queremos que los franceses nos cojan debajo en esto de puntar, y á continuacion ponemos un anuncio muy leído en Madrid, que dice sobre poco mas ó menos:

Por diez reales solamente que cueste la suscripcion, proporciona distraccion, La.... *Amenidad* mensualmente.

Si estos puntos suspensivos no estan en el estado de *putrefaccion* mas lastimosa, como si se hubieran muerto en el siglo XV, venga Dios y véalo.

V. BARRANTES.

LAS CRUCES Y EL VIENTO,

POR
Paul de Kock.

Veinte y cuatro años tenia Adela Renneval y estaba soltera todavía. No la habia dotado la naturaleza de una belleza singular, ni era de las que causan sensacion en un baile, en un concierto, y sobre la cual se dirigen en un teatro los elegantes gemelos (sufragio embarazoso algunas veces para la que es objeto de él); sin embargo, era de genio amable, su fisono-

mia distinguida y animada prevenia desde luego en su favor; sus ojos eran negros y expresivos, y se producía con gracia y elegancia, de modo que al escucharla, sus defectos físicos quedaban oscurecidos... mientras que en el mundo hay tantas jóvenes bellas que pierden todo su mérito cuando hablan.

Adela habia recibido una educacion brillante. Era hija de un abogado honrado y de talento, que murió sin dejar bienes de fortuna, porque nunca quiso abogar contra su conciencia, y como generalmente las malas causas se pagan mejor que las buenas, auxilio necesario para su triunfo, viéndose reducida á vivir con su madre en una honrada mediania, habia cultivado con aprovechamiento la música y la pintura; no le era estraña la poesía, y tenia pasion por la lectura; sabia de memoria algunos de nuestros buenos autores, y en fin, hacia versos; pero en secreto, á escondidas; solamente los enseñaba á algunos amigos de confianza bajo palabra de que á nadie lo dirian, y estos buenos amigos lo comunicaban á todo el mundo con la misma recomendacion. Así se guardan siempre los secretos en la sociedad.

Adela Renneval habia llegado á ser lo que se llama en el mundo una muger artista: esto parece que significa una muger que en su porte, maneras y lenguaje tiene mas franqueza, abandono y desenvoltura que las demás; una persona exenta de ciertas preocupaciones, que no se somete estrictamente á las reglas de la etiqueta, y con mas libertad en sus acciones: en fin, una artista debe tener siempre alguna cosa original; á lo menos así se juzga de ellas y se las representa; aunque yo conozco muchísimas que en ninguna manera se asemejan al retrato que acabo de hacer.

La señorita Renneval, habiendo tenido la desgracia de perder á su madre á los diez y nueve años, se habia ido á vivir con una tia suya anciana, única parienta que la quedaba. La tia tenia cinco mil libras de renta y era muy sorda. Adela era la heredera de su anciana tia, cuya herencia reunida á dos mil francos de renta que ya poseia, constituian un partido bastante ventajoso para un gran número de hombres que desean y se hallan en estado de casarse.

Una señorita amable y agraciada, bien educada, con talento, y presunta poseedora de siete mil francos de renta, no debia temer quedarse para *vestir imágenes*, como dicen las buenas mugeres tan amigas de refranes como *Sancho*.

¿Por qué Adela Renneval no habia encontrado un marido á los veinte y cuatro años?

¡Encontrado! Es probable que habria encontrado muchos. Para las feas, las necias y las coquetuelas todos son buenos, y Adela no tenia estas cualidades. ¡A todos los habia despreciado!... Como tenia imaginacion y talento, tal vez desearia encontrar las mismas dotes en un marido, y siendo demasiado exigente no habia conseguido nada. Pero no, las mugeres amables y de talento, regularmente no son tan difíciles de contentar: indulgentes para los defectos, compasivas con las debilidades, saben muy bien que nada hay perfecto en la tierra, y que es menester tomar á los hombres tales como son, las cosas por lo que valen, el tiempo segun viene, los amantes por lo que prometen y los maridos por lo que serán.

Entonces, ¿por qué no se habia casado ya la señorita Renneval? Sobre esto hacian muchos las mas estrañas conjeturas, señalándose entre todos Mr. Mollard, hombre de cincuenta y cinco años, antiguo subalterno jubilado de una administracion de rentas, viudo de su tercera muger, y que ahora no se ocupaba mas que en saber lo que pasaba en casa de sus vecinos y en todo el barrio en que vivia.

Era Mr. Mollard de aspecto repugnante; sus ojos redondos, grandes y saltones parecia que se le querian salir de la cabeza, su boca era de rana, la nariz chata, la barba engarbitada, la frente estrecha y circundada de cabellos erizados; imposible que ni á los veinte años hubiera sido un buen mozo, y á todo esto reunia cierto aire de importancia y de altas pretensiones. Mr. Mollard habia sido siempre muy feo, y la expresion desagradable de su fisonomia se habia aumentado con la edad. ¡Sin embargo, era viudo de tres mugeres!

Si, ¡Mr. Mollard habia encontrado tres mugeres! y tres mugeres guapas que consintieron en darle su blanca mano... Dicen que el amor es ciego, pero el himeneo es mucho mas.

La primera esposa de Mr. Mollard fué una joven que acababa de salir de un colegio, y á quien su madre, señora bastante coqueta, deseaba tener lejos de sí. Soñaba con bailes, fiestas y placeres; y su marido horriblemente celoso, la tenia encerrada y no la llevaba á ninguna parte. A los dos años de casada murió de fastidio y languidez.

La segunda fué una modista vivaracha, traviesa y aturdida, que aceptó un esposo porque la llamaran *señora*; pero no para vivir mas retirada del mundo. Mr. Mollard, siempre celoso, quiso tambien encerrar á la segunda y tratarla como á la primera, pero se llevó chasco esta vez. Madama Mollard *segunda* le tiró las sillas á la cabeza, y ella fué la que encerró á su marido para irse de baile, pasando cuatro noches cada semana fuera de su casa; y rompiéndolo todo y alborotando la vecindad cuando le reprendia la menor cosa. Al cabo de tres años de vida tan alegre murió de una fluxion de pecho, consecuencia de una galop.

No lo sintió Mr. Mollard. La tercera fué una viuda sentimental en estremo. De doncella tuvo algunas debilidades; y temiendo Mr. Mollard que las tuviese de casada, quiso encerrarla como á la primera. Pero madama Mollard *tercera*, que no era amiga de la soledad, se escapó una hermosa mañana con un joven artista que acababa de representar el papel de *Antony* en un teatro de provincia. Algunos años despues supo Mr. Mollard que era viudo por tercera vez.

Tres matrimonios desgraciados debian de haber curado á este ruin caballero de su aficion al himeneo; mas sin embargo de que ya era viejo, que no podia ser mas feo ni mas ridiculo, se atrevió á dirigir sus miras á la señorita Renneval.

Adela concurría á casa de su tia y muchas veces jugaba con dicha señora una partida de imperial: allí la conoció, y sabiendo que era soltera y que habia rehusado muchos partidos, seducido por sus gracias y talento, dijo para sí: hagámosla la corte y procuremos que esta sea mi cuarta esposa.

No notaba Adela las miradas ni los suspiros de Mollard, ni podia suponer que aquel caballero fuese un aspirante á su mano. Viendo Mollard que suspiraba en vano, se decidió un día á declararse. La tia estaba presente, pero como era tan sorda se podía hablar con completa libertad delante de ella.

Luego que Mollard hubo acabado su declaracion, dió Adela una carcajada de risa tan sonora que la tia llegó á entender alguna cosa y preguntó de qué se trataba.

Nada, tia, dijo Adela, Mr. Mollard que está representando una escena amorosa... Cosa muy graciosa para su edad, y hace tantos gestos en el papel de enamorado que no me admiro de que se le hayan muerto tres mugeres... Se reirian mucho cuando lo miraban.

Viéndose burlado Mollard, conoció que era inútil seguir en el empeño, y dijo que era una broma cuanto acababa de decir; aunque lleno de despecho y deseos de vengarse en el fondo de su corazon, porque no hay cosa mas irritable que el amor propio de un necio, que no perdona lo que los hombres sensatos olvidan fácilmente.

Mollard continuaba yendo á casa de madama Bremont, que así se llamaba la tia de Adela; escuchaba, observaba y preguntaba. Una tarde que la anciana señora ganó la partida de imperial, y que por lo tanto estaba de mejor humor que otros dias, él la habló de su sobrina, y supo que la señorita Adela habia estado tres veces para casarse.

—¡Tres veces! dijo Mollard, admirado de haber hecho este descubrimiento; ¿por qué causas ninguno de estos matrimonios se ha verificado?

—¿Qué?... dijo la anciana señora inclinando el oido hácia Mollard.

Este metió la boca dentro de la oreja de la señora y repitió la pregunta.

—La causa, dijo madama Bremont, francamente no la sé. Estas jóvenes del dia son tan caprichosas... lo que hoy desean, mañana no lo quieren.

—¿No le agradaban los pretendientes?

—¿Qué?...

Mollard se abraza á la oreja que le presentan, y repite de nuevo la pregunta.

—¡No! los pretendientes le agradaban á Adela... El primero era un joven muy guapo. El contrato se iba á firmar, cuando mi sobrina de repente se sintió indispueta y no quiso concluir. El segundo era un apuesto militar. Estando comiendo un dia antes del señalado, Adela perdió el conocimiento y despues no quiso casarse. En fin, el tercero era un literato, hombre de mucho talento y amabilidad; pero una tarde, hablando con él le dió un síncope á mi sobrina, y este tercer matrimonio tampoco se llevó á cabo.

—Es admirable y extraordinario... ¿Pero por qué se sentia indispueta Adela? Es necesario que tuviese alguna causa... Nadie se desmaya sin motivo... sobre todo una artista que no es coqueta... ¡Ella os habrá dicho el motivo!

—¿Qué?...

Mollard casi mete la cara en la oreja de la anciana señora, que al fin le responde:

—Mi sobrina no me ha dicho mas que: no quiero casarme con ese caballero... no me agrada... no es de mi gusto. Como no tengo costumbre de contrariarla, no he insistido... Y en fin, si no quiere casarse ¿por qué se la ha de obligar?

Mollard no puede saber mas. Deja la oreja de madama Bremont y se retira; pero lo que acaba de saber da mucho que hacer á su imaginacion. Una joven que se desmaya, que la da un síncope, y que despues no quiere casarse, esto oculta algun misterio, y Mollard saca las siguientes consecuencias.

—O la señorita Renneval tiene algun secreto terrible que no se atreve á confesar á su novio, ó ha tenido alguna intriga, cuya debilidad sabe que no debe comunicar á su futuro, ó experimenta un horror invencible al matrimonio, ó... es otra cosa. Pero ciertamente hay algo.

Despues que Mollard sabe la historia de los desmayos y de los matrimonios desbaratados, emplea una táctica nueva á fin de saber mas. Siempre que va á casa de la señorita Renneval tiene alguna aventura que contar, y entre tanto observa á Adela á ver si ella misma se hace traicion.

Un dia es una señorita que en el momento de los esponsales sabe que su futuro habia seducido y abandonado á una joven; otra vez es el pretendiente el que ha descubierto que su futura habia tenido ya una inclinacion. Adela ó escuchaba con indiferencia estas historias ó no prestaba atencion, y Mollard se daba á los diablos por adivinar lo que tres veces habia sido causa de que rompiese con sus pretendientes.

(Continuará.)

El octavo pecado capital.

Un obispo que estaba recorriendo su diócesis, halló un cura á quien calificó desde luego de ignorante.

—Apostaría, le dijo, á que ignora usted cuántos son los pecados capitales.

—Son ocho, contestó el cura.

—No me engañé, replicó el prelado, en el juicio que he formado de la instruccion de usted. Sírvase usted decirme quién es el obispo majadero que le ha hecho á usted cura, y cuáles son esos ocho pecados capitales.

—V. S. I. es, señor, el que me ha conferido las órdenes; en cuanto á los pecados capitales, además de los siete que nos dice el catecismo, hay que añadir otro, que es el desprecio en que el clero alto tiene á los pobres curas párrocos.

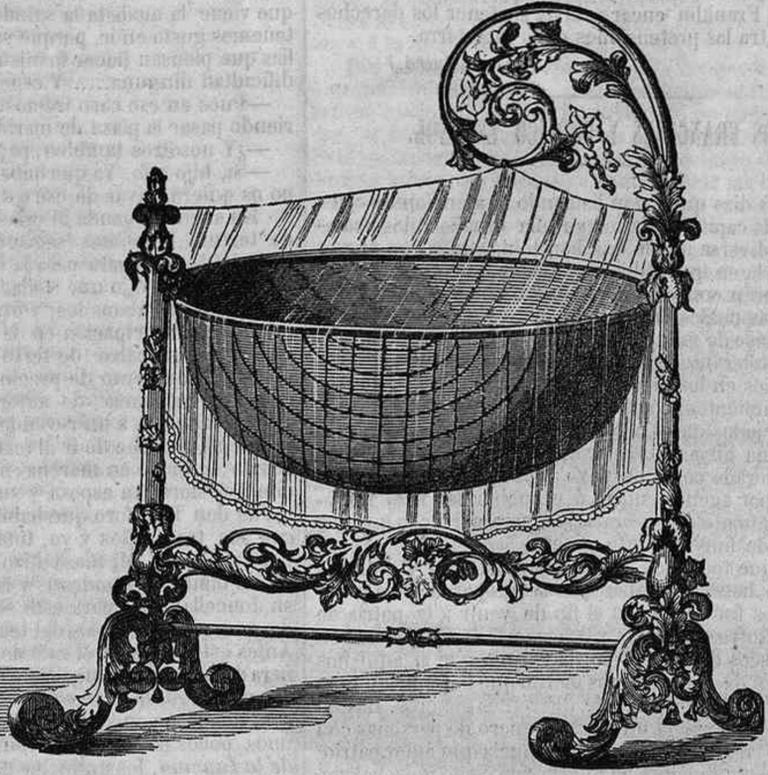
VIDA DE FRANKLIN,

POR MR. MIGNET,

MIEMBRO DE LA ACADEMIA FRANCESA.

Esta cuestion de contribuciones empezó á ser, desde aquel momento, un origen perpétuo de discusiones, y espuso los talentos de Franklin á una nueva y brillante luz. Antes de provocar dicha cuestion el grave conflicto que separó á la Gran Bretaña de sus colonias, suscitó una lucha muy fuerte entre la Pensilvania y los herederos de Guillermo Penn, que eran *propietarios* de esta colonia, segun el privilegio de su establecimiento. Penn habia sido á un tiempo fundador y gobernador de ella; pero cediendo una parte del estenso territorio que habia recibido, sustrajo lo demás de sus inmensos dominios á toda clase de contribucion, con objeto de conservar de este modo los empleos y el brillo del gobierno colonial. Mediante esta exencion de impuestos, no debia recibir ningun-

Su larga permanencia en Londres fué utilísima para toda la América inglesa. Aconsejado por él, el primero y mas célebre de los Pitt, lord Chatam emprendió y llevó á cabo la conquista del Canadá. En seguida le demostró Franklin lo útil que sería la conservación de esta colonia francesa para la seguridad de las colonias de la Gran Bretaña, que no podrían ser invadidas ni molestadas por aquella parte de la tierra firme; es decir, que despues de haber provo-



hijo había sido nombrado gobernador de New Jersey, volvió á Filadelfia en el verano de 1762, quiso la asamblea de Pensilvania indemnizarlo de sus gastos y reconocer la eficaz intervención de su patriotismo, concediéndole una indemnización de 5,000 libras esterlinas, (25,000 pesos) y le dió públicamente las gracias «tanto por haber cumplido fielmente sus deberes con respecto á la provincia, como por los muchos é importantes servicios que había

Cunas.

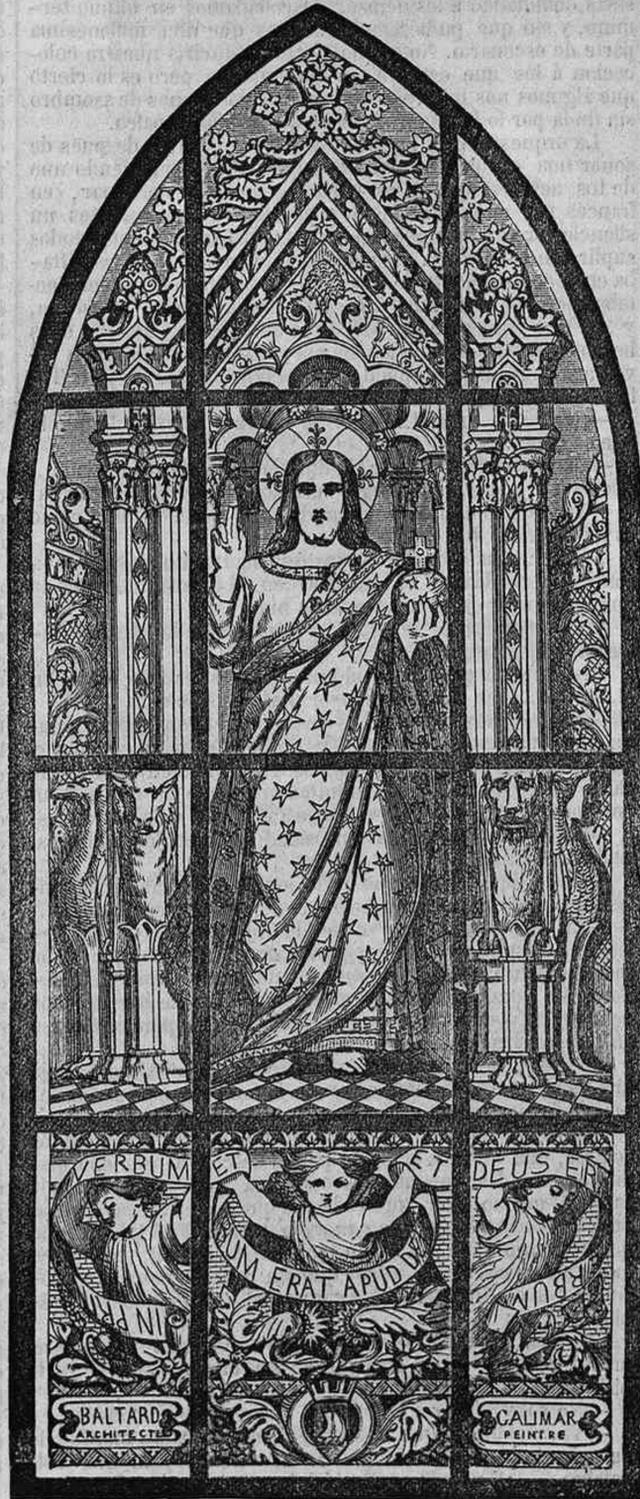
quista, preparó la cesion de ella. El tratado del 10 de febrero de 1763, que terminó la guerra de Siete Años, dejó el Canadá á la Inglaterra. Desde aquel momento quedaron las colonias seguras de todo peligro en el continente americano y pudieron desarrollarse sin obstáculo hácia el Oeste. Cuando Franklin, cuyo



Florero.



Vaso de porcelana de Baviera.



Vidrieras por M. Galimard.



Ariadna abandonada.



Santa Isabel de Hungría.

hecho á la América en general durante su permanencia en la Gran Bretaña.»

Después de las disensiones entre Pensilvania y los descendientes de su fundador, sobrevinieron contestaciones mas graves entre todas las colonias y la metrópoli. En esta ocasion tambien estuvo Franklin encargado de sostener los derechos de América contra las pretensiones de la Inglaterra.

(Se concluirá.)

CÓMICOS FRANCESES Y PÚBLICO ESPAÑOL.

Hace algunos dias que estan llamando la atencion de ciertos círculos de la capital de la monarquía española dos acontecimientos de diversa índole que han tenido lugar en la anterior semana á la en que publicamos estas líneas. De fijo que mis lectores habrán conocido al momento que aludimos á dos aperturas en las cuales han hecho su *debut* (como se dice ahora, con permiso de mi apreciable amiga doña Academia española, que tan tolerante se muestra especialmente con los que escriben anuncios en los diarios, y rótulos en las tiendas, y ciertos establecimientos) cómicos de diferentes clases y mas ó menos aventajados en el oficio. Dejaremos á los del corral de Santa Catalina hilvanando peroratas que algunas de ellas hagan poner colorado como un pavo al pobre Cervantes, condenado tal vez por ajenas culpas á escuchar las mas terribles herejías gramaticales y oratorias, para narrar lo que nos pasó con otros de muy distinto género.

Tiempo ha que todos los periódicos de Madrid y de París se ocupaban en hacernos saber que se preparaba una compañía de cómicos franceses con el fin de venir á la patria de los Máiquez, Latorres, Romeas y Arjonas á dar funciones en uno de los coliseos de esta corte; lo mismo que si aquí nos faltasen farsantes de mas ó menos mérito que nos entretengan con representaciones escénicas de diferentes géneros. Hay en este bienaventurado pueblo un cierto número de personas con mas dinero que talento, y con mas petulancia que amor patrio, que ocupado constantemente en todo lo que como novedad viene de otras tierras, pasa su vida elogiando lo que no comprende, y ansioso de espectáculos que entretengan su holganza y humor *escéntrico*. Para dichas personas es un acontecimiento importante la venida de los monos sabios, de las fieras de Mr. Charles, y sobre todo la de un *Kalaouschendi tomphysky*, un *Rapavini* ó un *Flanguinquingué*, siempre que los periódicos extranjeros hayan elogiado su mérito, aun cuando este consista en tener unas narices de siete cuartas de largas, ó de una línea de cortas, y un nombre que nadie sepa pronunciar con propiedad. ¡Dios le libre á cualquiera de caer en la tentacion de querer hacerse célebre, si se llama Gonzalez, Martinez ó Fernandez, porque pronto sufrirá las consecuencias de su atrevimiento! Al número de personas indicadas se agrega una buena porcion del bello sexo, curiosa por demás, y aficionada á todo lo que tiene cierto carácter de moda. Hay esposas capaces de armar una pelotera con su marido lo mismo si se opone á que gasten un sombrero de tal ó cual hechura, conforme al último figurin llegado de París, que si les priva de ir á esta ó aquella diversion, donde, como dicen, se reúne el *buen tono*; mas como *este señor* suele estar siempre reñido con el *buen sentido*, de aquí la causa que haya maridos y papás que se desesperen con que el *buen tono* disponga que en el invierno se vaya al paseo entre cuatro y media y cinco de la tarde á gozar de un fresco bueno para conservar besugos, en vez de ir de dos á cuatro á tomar el sol, que es lo mas propio en semejante estacion, y lo que se ha hecho siempre. Pero á los maridos y papás se les contesta en tales casos, y otros análogos, que *es moda*, que *es de buen tono*, y ante tan fundadas razones no hay otro medio que convertirse en maniquí de esa *moda* y ese *buen tono*, ó sufrir las burlas y epigramas de los *entonados*....

Las anteriores reflexiones y otra porcion que callo me ocupaban un dia en que leia en los periódicos de esta capital tanto anuncio de *salidas* y *entradas* de músicos, cómicos, danzantes y otros personajes de mas ó menos cuantía, cuando abrió la puerta de mi despacho muy apresuradamente mi esposa que venia con el *Diario* en la mano, y rodeada de tres ó cuatro chicos que gritaban á la vez agarrándose á las faldillas de la *casacaquilla* (1) de su mamá:

—Yo quiero ir... yo tambien, mamá; y yo, papá....

—Silencio, familia menuda, grité yo que hubiera deseado tener entonces los pulmones de un Ronconi ó de un Rubini. Dejád que hablé vuestra mamá, y todos nos entenderemos.

Restablecida la calma en aquel *meeting peticionario*, me dijo mi esposa dándome el *Diario*:

—Ahí tienes ya el anuncio de la primera funcion que se dará en el teatro francés. Anoche dije á don Telesforo y su esposa nuestros contentos que contaba con ellos para que fuésemos juntos á ver cómo representan los cómicos del otro lado de los Pirineos.

Tomé dicho papel, original mosaico de estravagancias y sandeces, y al lado de un escrito *blingüe* en que se anunciaba á un *público español* la apertura de un teatro francés, hallé ¡para coincidencia! otro anuncio de un teatro español, según el cual una reina, digna heredera de otra que llevó su nombre, pagaba un justo tributo á uno de nuestros mas célebres poetas antiguos, eligiendo para la representacion en aquella misma noche una de sus mas aplaudidas comedias... ¡Llor eterno, exclamé sin poderme contener, á la heredera de cien reyes que tal homenaje rinde á la memoria de uno de nuestros mas populares vates!...

Mi esposa, que esperaba mi contestacion, iba ya á interpellarme de nuevo para aplacar la impaciencia de los chicos, cuando pudiendo yo dominar la impresion que me causó tan agradable coincidencia, la dije:

—Creo, Blasa, que sacarás muy poca diversion de ir á ese teatro. Debes tener en cuenta que la representacion será en francés, aun cuando los carteles tienen sus *intercalados* en español; sin duda la empresa no habrá querido que muchos se salgan sin poder dar razon ni del anuncio. ¡La señora de don Telesforo y tú sabeis el idioma francés?...

(1) Nueva prenda de vestir que hoy usan, en particular para casa, las señoras, además del *chateco*.

—Fuimos juntas al colegio, contestó mi esposa con énfasis, y tuvimos maestro dos meses y medio. Llegamos á traducir bien (segun decia el profesor) capítulo y medio de las *Aventuras de Telémaco*, y aprendimos perfectamente los diálogos que tiene la gramática de *Chantreau*.... Siempre que viene la modista la saludo en frances. Además, nosotras tenemos gusto en ir, porque sabemos de una porcion de familias que piensan hacer lo mismo.... Por don Telesforo no hay dificultad ninguna.... Y espero que tú....

—Pues en ese caso iremos, contesté á mi muger, no queriendo pasar la plaza de marido poco complaciente....

—Y nosotros tambien, papá? dijo Alberto....

—Sí, hijo mio. Ya que habeis de sacar lo que otros muchos, no os quiero privar de ese gusto.

En seguida mandé al criado para que me tomara un palco de tertulia, ó lo mas segundo para aquella noche, y de no hallarle, le encargara para la siguiente. A poco volvió mi doméstico, y me dijo que todas las localidades estaban ocupadas, parte por abonados, y otras muchas que se habian comprado con anticipacion en la contaduría; pero que ya dejaba encargado un palco de tertulia para el siguiente dia, previo el pago de aumento de precio que dicha contaduría impone á ciencia y paciencia de autoridades que persiguen despues muy justamente á un revendedor.

Llegó la noche de ir al teatro francés, y á las ocho menos cuarto se puso en marcha nuestra comitiva, compuesta de don Telesforo, su esposa y sus dos niños mayores, una prima de don Telesforo que habia venido de Sonseca, mi esposa con los tres niños y yo, total diez personas, salvo error de pluma ó suma. Mi Blasa hizo sus gestiones para que hubiera ido tambien la nodriza, y la de don Telesforo queria llevar su doncella; pero para esto se necesitaba que el palco fuera de goma elástica, y los del teatro de la Cruz son de madera. Antes estuvimos en el café de Pombo, apurando una garapiñera de leche amerengada, y una bandeja de bizcochos, y con los estómagos bien provistos nos encaminamos al coliseo francés, donde no encontramos franceses mas que los actores, y unos pocos de los concurrentes. Los billetes, la *explicacion de la funcion*, los anuncios de cafés, guarda-ropas y demás, todos los hallamos escritos en español, aunque malo, y los acomodadores y ugieres tambien son de por acá.

Al cabo de subir unos cien escalones (sobre veinte mas ó menos) nos encontramos dueños y señores de nuestra localidad, que aprovechamos con la colocacion siguiente: á los cinco niños los hicimos poner en primera fila junto al antepecho; mi esposa, la de don Telesforo y su prima, formaban una segunda línea, y don Telesforo y yo, de pie sobre las sillas dominando á los demás, descollábamos en último término, y sin que pudiéramos ver mas que una millonésima parte de escenario. No sé qué efecto produciria nuestra colocacion á los que estaban en las butacas; pero es lo cierto que algunos nos miraron con sus anteojos, llenos de asombro sin duda por lo bien aprovechado que estaba el palco.

La orquesta tocó, bastante mal por cierto, y despues de sonar una campanilla, el telon se levantó, apareciendo uno de los actores, que á muy poco comenzó á declamar, en francés por supuesto. Por espacio de algunos minutos un silencio profundo reinó en nuestro palco, queriendo todos suplir con el oido y la atencion la inteligencia que les faltaba en el conocimiento de la lengua en que el cómico representaba; pero en esto ya habian salido mas actores á la escena, y en una situacion de bastante sentimiento, uno de ellos besaba con entusiasmo las manos y aun la frente de una joven actriz. Aquí ya no pudo callar el niño mayor de don Telesforo, y volviéndose á su madre, exclamó:

—¡Mamá... mamá!... Que se besan y yo no entiendo lo que se dicen....

—¡Cállate ó te llevo á casa, le dijo don Telesforo enfadado... Ese es un padre, que besa á su hija como yo á tu hermana.

—Ya, repuso el niño con candidez al parecer, pero como es mas grande que Pepita....

—Silencio, hablador! le contestó su madre conteniendo una sonrisa, y cambiando una mirada con mi esposa, con que la queria advertir de la malicia de su hijo.

La primera pieza se acabó, y aprovechando Blasa el entreacto me preguntó:

—¿Crees tu que sabrán el francés todos los que están en el teatro?... me parece la mayor parte españoles.

—Entre estos hay algunos que le entienden regularmente, aunque pocos lo bastante (la contesté), para conocer el valor de ciertas frases y modismos de que suelen estar salpicadas estas comedias: hay infinitos que como tú, vienen aquí por poder decir despues que han estado en el coliseo francés.

—En una muger pase tal curiosidad; pero en los hombres, replicó mi Blasa....

—No lo estrañes, porque en la actualidad cualquiera confesará sin rebozo que no sabe español; ¡pero francés! eso no....

—En una butaca estoy yo viendo, dijo la esposa de don Telesforo, á un hijo de un capitalista muy conocido, que debe toda su fortuna á ciertas contratas de suministros. Este señor ha estado siete dias en París mientras le hacian ropa de invierno, y dice que encuentra dificultad ya para explicarse en nuestra lengua....

—Pues yo le veo leyendo, la contestó don Telesforo, la hoja que venden con la *explicacion de la funcion*, porque tal vez será lo único que entienda....

En esto se alzó el telon, y comenzó el drama. Entre los actores, mal vestidos la mayor parte, descollaba uno con medias encarnadas, pavoneándose con una larga, sucia y raída capa del mismo color, que cada vez que se envolvía en ella, quedaba convertido en un *cangrejo cocido*. Fué tal el efecto que esta figura, propia de un tapiz del siglo XVII, produjo en todos los chicos de mi palco, que sin poderse contener rompieron en una estrepitosa carcajada, exclamando mi intrépido Alberto:

—¡Papá... papá... Si vieran al de lo colorado una de esas manadas de pavos de las que andan por la calle, cómo le picarian!

—No volveréis mas al teatro... les grité incomodado....

—Yo, maldito lo que lo sentiré, contestó Adela mordiéndose su pañuelo para no reirse... No he entendido ni una sola palabra....

—Y usted? preguntó á la prima de don Telesforo.

—Hija mia, en Sonseca, respondió con prontitud, no comprendemos esta gerigonza... ¡Qué lástima de dinero el que

hemos gastado esta noche, para salir de aquí como el negro del sermón, con la cabeza caliente y los pies frios!...

—No lo hacen mal, dijo la esposa de don Telesforo, sin confesar que no habia entendido ni una expresion; pero yo que me satisfecha para toda la temporada... Como no concurren mas gente á la segunda representacion, lucida saldrá la empresa.

—Todo será que se haga moda, contestó mi Blasa... Cierro hasta lo elogia.

Si eso fuera verdad, le dije, yo aconsejaria á Romea que no volviese á presentarse en *El hombre de mundo*, *El arte de hacer fortuna* y otras mil obras que tantos aplausos le han conquisado, y á Arjona que hiciera por olvidar su papel de don Diego en *El si de las niñas*, ejecutado de una manera que admiraria el mismo Moratin, porque dedicándose tan inteligen-tes actores á aprender el alemán, podian poner en escena *El Fausto* de Goethe ó *Guillermo Tell* de Schiller, y si el no entender proporcionara concurrencia, tendrian en su teatro algunos llenos....

En esto la funcion se acabó... Nadie habia notado que al concluir la primera pieza don Telesforo arrinó la silla á un rincón del palco, y se entregó á un sueño tan profundo, como si estuviera en una cama con siete colchones. Al ruido que hicimos para ponernos en marcha, don Telesforo despertó, y restregándose los ojos preguntó:

—Se ha acabado ya?

—Sí señor: le contestó mi esposa. ¿Y qué le ha parecido á usted la funcion?

—¡Ah!... Muy bien, respondió con gravedad. Yo no he entendido ni una jota; pero entre sueños he oido aplaudir, y conozco que lo habrán hecho á las mil maravillas....

—Cuando usted quiera, volveremos otra noche... le dije yo.

—Eso ya es harina de otro costal, amigo mio, contestó don Telesforo.... Yo para divertirme no solo necesito ver y oír, sino tambien *entender*....

—Pues cuente usted, don Telesforo, le respondí, que si todos los que hayan de venir á este teatro desean lo que usted, esto es, *entender los cómicos franceses*, se quedarán muy pronto sin *público español*.

EL BARON DE ILLESCAS.

UN PASEO POR EL MAR.

¡Qué bello es el mar! ora el céfiro mas leve no rice su dormida faz, tersa y luciente como un espejo de bruñida plata, ora sacuda irritado su espumosa cabellera, y amontonando olas sobre olas, traiga á la mente la fábula de los Titanes, que quisieron escalar el firmamento; ya imite con sus atronadores bramidos el sublime desconcierto de la naturaleza, cuando á la voz del Omnipotente se abrieron todas las cataratas del cielo, y la tierra entera desapareció bajo las aguas del diluvio; ya ondee mansamente al soplo de la brisa, y preludivando un himno ó una plegaria, murmure en sus vagas melodías el nombre de su invisible Hacedor, y lo escriba con caracteres que el hombre no comprende, en el cinto de leve arena que le sirve de meta y de lindero.

Si hay algo en la tierra que dé una idea aproximada de la inmensidad y del poder de Dios, es sin disputa el mar; el mar incommensurable y sin límites, como le contempla el viajero perdido en la extension del Océano. Al mirarle frente á frente, el ánimo se engrandece, se eleva el pensamiento, y se dilata el pecho, como si el aire que en él se respira no estuviera inficionado con los gases impuros y deletéreos que se levantan del seno de la tierra....

Estas reflexiones y otras semejantes hacíamos nosotros, caros lectores, una hermosa mañana del mes de agosto, en que nos sorprendió el sol cruzando la costa de Valencia, en compañía de algunos y de algunas hijas de la ciudad del Cid.

No incurriremos en la vulgaridad de calificar á estas, llamándolas encantadoras, divinas y demas adjetivos del diccionario de la galantería. Diremos únicamente para descargo de nuestra conciencia y en obsequio de la verdad histórica, que solo por tener el gusto de acompañarlas nos levantamos ese dia con las primeras luces del alba, es decir, á las cinco. Duro sacrificio que solo podrán apreciar los que, como nosotros, tengán la costumbre de acostarse generalmente á las tres ó las cuatro de la mañana, y de no abandonar su *huérfano lecho* hasta las doce ó la una de la tarde.

Salvo este ligero percance y el indeclinable compromiso en que nos vimos luego de consagrar algunas líneas por vía de recuerdo al paseo, y de improvisar unos renglones cortos, asi como versos, que mas abajo se insertan, confesamos que no tuvimos motivo para arrepentirnos de haber saludado al sol en el mar por vez primera despues de seis años, la mañana del 23 de agosto de 1851.

Difícilmente puede darse un espectáculo mas bello y encantador que el que ofrece Valencia y su costa, vistas desde el mar á aquella hora y desde aquella altura: para describirlo dignamente seria preciso tener el genio de Lamartine, la riqueza de colorido de Xeuixis, la abundancia de imágenes de Zorrilla, el nervio y lozanía de Espronceda, y la gracia y naturalidad del estilo de Carolina Coronado. Sirvanos al menos de escudo esta protesta, y sírvale tambien de aviso á quien corresponda para los efectos consiguientes.

Ocho vigorosos remeros montaban el rápido esquife que nos conducía: contaba este las olas con la velocidad de un pájaro marino, y el leve rastro de blanquecina espuma que en pos de sí dejaba, parecia una cinta de plata que serpeaba y se desvanecía entre los pliegues del manto azul-oscuro del mar, ó bien la fugitiva huella luminosa que traza un meteoro al cruzar el arco de la bóveda estrellada.

Cualquiera diria que al pasar nosotros los buques anclados en el puerto despertaban de su letargo, se incorporaban en su cristalino lecho, y se mecían perezosamente como anhelando seguirnos. Los altos mástiles de algunos, vestidos de sus pardas lonas, semejaban desde lejos enormes fantasmas, que aguardaban impacientes al genio de los vientos para huir á otras regiones, cabalgando sobre sus veloces alas.

Numerosas barcas de pescadores avanzaban en todas direcciones, ensordeciendo el aire con sus alegres cantos, mientras otros, ya próximos á la orilla, arrastraban sus redes, va-

lorando por la resistencia que estas les oponian, la importancia del botin. Alguno que otro pececillo se escapaba del copo, y saltaba azorado aquí y allí, como si todavía no estuviera seguro de haber recobrado su perdida libertad.

Una tenue gasa trasparente, púdico velo que el ángel de la noche arroja sobre el dormido mundo, envolvía á Valencia y á los pueblos cercanos á la vega y á las montañas vecinas. Niebla diáfana y purísima, que solo esperaba un rayo de sol para convertirse en fúlgida aureola.

Trepó este por el encendido horizonte, y las nubes y las ondas, el llano y las montañas, los árboles y los edificios, envueltos en su lumbré diamantina, ora aislados, ora en vistosos grupos, se destacaban en el fondo del cerúleo velo; y todos, todos de vida y movimiento, huían ó se acercaban á nosotros, á medida que nuestro volador esquivo surcaba velozmente las tranquilas aguas.

Hasta aquel momento, confieso que el paisaje no me habia llamado mucho la atención; sea porque acostumbrado á las grandiosas escenas de la virgen sin par naturaleza del Nuevo Mundo, todo bajo este aspecto me parecia en Europa raquítmica de una de nuestras compañeras de viaje, reclinada suavemente en el borde opuesto del esquife, preocupase mas vivamente mi espíritu, bastante inclinado á fuer de artista al examen anatómico ó fisiológico de la belleza (animada), ello es que habia permanecido, si no frio, indiferente al espectáculo que nos rodeaba.

Las exclamaciones de los demás y la salida del sol me obligaron á volver la cabeza hácia el punto que indicaban, y en efecto quedé agradablemente sorprendido del espléndido panorama que se ofreció á mis ojos.

Por una parte la costa que se dilataba serpeando, cubierta de barracas y hermosas alquerías, las cuales desde lejos, por una ilusión de óptica, parecían fluctuar sobre la misma orilla.

A la izquierda la estensa alameda del Grao, que empieza á unos quinientos pasos del puerto y termina en la Puerta del Mar, desplegaba como un ave del paraíso su abanico de plumas, las gallardas copas de sus árboles centenarios, dignos rivales de los que decoran las frondosas alamedas de Aranjuez.

Mas allá divisábamos á Valencia con sus numerosos arrabales, con sus viejas murallas, sus magníficos puentes sobre el río, los innumerables campanarios de sus mil iglesias y conventos, con su bella catedral, y el erguido *Miguelete*, punto el mas á propósito para ver la ciudad y las cercanías, y sobre todo su deliciosa vega.

Su deliciosa vega, rica alfombra de vegetación colosal, tendida á los pies de la reina del Turia, y bordada con los mas preciosos dones que derrama la Providencia á manos llenas en aquel hermoso pedazo del Edem valenciano!

Y finalmente, para que nada faltase á la armonía de este cuadro tan bello como poético, en el confin de la playa desierta y solitaria, veíamos la torre del Puig y los pardos edificios de Murvedro, la antigua Sagunto, sentada en la falda de una montaña, tan rica en gloria como en recuerdos históricos.

La luz del sol naciente prestaba á esos diversos objetos un colorido especial: los edificios parecían mas blancos, las hojas de los árboles mas verdes, los visos y cambiantes de las aguas de un azul-celeste mas puro y mas risueño. La atmósfera, limpia y embalsamada, tenia la diáfana transparencia del cristal; y las nubes que se habian agolpado á los puertos del oriente, coronaban el disco del astro-rey como una inmensa guirnalda, en la que se confundían los colores del iris con el ardiente resplandor de millares de topacios, amatistas y brillantes, arrojados en monton sobre una fuente de oro; las vagas tintas del crepúsculo con la hirviente llama de un incendio; el vivo matiz de las flores, cuando abren sus corolas palpitantes de amor, con los prismáticos tornasoles que desde el cuello de la torcaz, ó los que reverberan en los fulmineos ojos y doradas alas del aéreo pájaro-mosca....

La tierra se estremecía de placer al sentir los primeros rayos del astro que fecunda y vivifica el universo, y el bullicio y la animación que trae consigo el día reemplazaban á la calma y silencio de la noche.

Un rumor lejano—grito de alegría ó gemido de tristeza—que se escapa á esa hora del centro de las grandes poblaciones, llegó hasta nosotros, confundido con los rudos cánticos de los marineros que levantaban el ancla de algunos buques prontos á hacerse á la vela. Un momento despues, los caminos y los campos empezaron á cubrirse de gentes y tartanas, carruajes de dos ruedas muy comunes en Valencia, y cuyo movimiento, sea dicho entre paréntesis, es detestable; los labradores cruzaban por la huerta con sus animales é instrumentos de labranza, y los bañistas madrugadores del Grao, Cabanal y Cañamelar, se encaminaban á sus respectivas barracas, departiendo amigablemente ellos con ellas, y separándose en el límite que divide los baños de los hombres de los de las mugeres.

Conseguido nuestro objeto, que era ver la salida del sol, pensamos en volvernos á tierra.

Desgraciadamente en aquel fatal momento (siempre siéntete uno separarse de los amigos) se le ocurrió á una de nuestras compañeras de viaje poner á contribución el escaso ingenio de todos nosotros (eramos cinco), y *velis nolis* nos obligó á cada uno á escribir con lápiz una ó dos páginas en prosa ó en verso, en un librito ó *Souvenir* que la traidora llevaba de antemano con este objeto.

Quisimos resistir; ¡pero ay! ¿quien es el valiente que resiste á los ruegos de una muger joven y hermosa? Una palabra, miento, una sola mirada de la demandante, bastó para que todos nos apresurásemos á complacerla. Hé aquí los versos que yo escribí, y que con algunas ligeras correcciones inserto al pie de este artículo, como el epílogo ó complemento de nuestro paseo por el mar.

ONDAS Y NUBES.

VERSOS ESCRITOS EN EL MAR, PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA DOÑA C. R.

Como esas ondas es nuestra vida,
Como esas nubes nuestra ilusión,
Y la esperanza, perla escondida
En lo mas hondo del corazón.

Mientras el astro de amor las dora,

Mientras no brama recio huracan,

Hacia la playa, tranquila ahora,

Con dulce orgullo corriendo van.

Pero si rugen furioso el viento,

Si oculta airado su disco el sol,

Ondas y nubes en un momento

Su calma pierden y su arrebol.

El rayo incendia la mansa nube,

Y á su sangriento fulgor se vé

Como se rompe y al cielo sube

Negra la honda que blanca fué.

Así en la vida, cuando inflexible

El desengaño nos viene á herir,

O el infortunio nos hace horrible

Cuanto se puede sufrir, sufrir;

Se trueca en duda y amargo hastío

Nuestra esperanza, nuestra ilusión,

Y acaso acaso ya seco y frio

Por siempre dejan el corazón.

Feliz, ¡oh Concha! tú á quien el cielo

Pródigo al darte dicha sin fin,

Quiso enviarte contigo al suelo

Bajo la forma de un serafin.

¡Nivea paloma, blanca azucena

En cuyo cáliz duerme el amor,

Nunca en tu frente pura, serena,

Clave tu garra fiero el dolor!

¡Jamás te asalte, dulce gacela,

De las pasiones el frenesí!

¡Jamás el ángel que por tí vela

Tienda las alas y huya de tí!

Pronto ¡ay! tu estrella se eclipsaría,

Fuera un infierno tu grato Edem,

Y en hierro ardiente se trocaría

La azul guirnalda que orla tu sien.

Y en vez de aromas, brisas y flores,

Solo hallarías ¡destino cruel!

Nubes preñadas de sinsabores

Y ondas y ondas de amarga hiel.

Que ondas y nubes son el emblema

De nuestra vida triste ó feliz;

Ya negro abismo, ya una diadema

Que nos circunda de áureo matiz.

Por eso, Concha, cuando me pides

Que un pensamiento te deje aquí,

Mientras con ojos tranquilos mides

El mar y el cielo, te digo así:

«Como esas ondas es nuestra vida,

Como esas nubes nuestra ilusión,

Y la esperanza, perla escondida

En lo mas hondo del corazón.»

De tu existencia vivo trasunto,

Que siempre brillen cual brillan hoy,

Y á eternas dichas que siempre junto

Vaya el recuerdo que yo te doy.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

Desgracias y consuelos.

Dos amigos, que hacia tiempo no se habian visto, se encontraron un día, y despues de recíprocos saludos, entablaron el siguiente diálogo:

—¿Como te vá?

—No muy bien; he probado el bendito matrimonio desde

que no nos vemos.

—Has obrado como hombre de juicio.

—No mucho, porque me he casado con la peor muger que

puede hallarse.

—Eso es malo.

—Hombre, no tan malo; su dote era de diez mil duros

muy buenos.

—Vamos, no me mortifiques; ese es ya un consuelo

bueno.

—¡Oh! te juro que no es tanto como te figuras, porque

esa cantidad se invirtió al instante en carneros que murieron

todos de repente.

—Triste caso es ese.

—No tanto sin embargo; la venta de sus pieles me produjo

tanto cuasi como el valor del ganado.

—Vamos, ya no eres tan digno de lástima, y eso me tran-

quiliza.

—No tanto, no tanto, que hubo un fuego en mi casa y perdí

todo mi dinero.

—¡Cielos! ¡Qué desgracia!

—No tan grande como te figuras, porque en el fuego se

quemó tambien mi muger.

Máximas.

La poesía es la música del alma.

Cuando la hoja casi seca se desprende de los árboles y

alfombra el suelo, es una triste pero muda imágen de la vida

humana, cuando la ancianidad nos despoja de nuestro adorno.

Lo único que consuela al hombre á la hora de la muerte,

es el haber sido justo y caritativo.

EXPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

BOTELLA MONSTRUO.

El grabado que presentamos en la primera página de este número, es una reproducción del que hemos visto en varios periódicos pintorescos del extranjero. Representa una botella de cristal construida en una de las primeras fábricas de Francia. Nosotros buscamos cuidadosamente el original en la exposición, y no le encontramos: para nosotros es un misterio el paradero y la suerte que haya cabido á la tal botella, si es que realmente ha existido.

FUENTE DE ACIS Y GALATEA.

Hé aquí una reminiscencia palpable de las fuentes de la plaza Lonvois y de la Concordia. El conjunto del grupo hubiera ganado seguramente en que las estatuas de Acis y de Galatea, que la coronan, tuviesen menores dimensiones. Esto no obstante, el trabajo de la fuente presenta buenas cualidades y honra al artista que la ha espuesto á la crítica de los inteligentes y á la de los que no lo son.

Dos palabras mas respecto á esta composición. Existe una arquitectura hidráulica, si nos es lícito espresarnos así, del mismo modo que la que tiene por objeto hacer servir la piedra, el hierro y la madera para la construcción de edificios. Esta parte del arte se estudiaba con esmero á fines del siglo decimoquinto. Su objeto es hacer entrar las líneas oculares, producidas por los saltos de agua, en la economía del monumento á que pertenecen. Esto, que debiera saber M. Thoma, se halla precisamente omitido por él en la fuente de Acis y de Galatea. Las nereidas de la base se acercan demasiado al pie central, para que las aguas puedan caer con la amplitud necesaria; para que así no fuese, seria preciso que el número de las figuras apareciese duplicado, lo cual, por otra parte, redundaría en perjuicio de la pieza del centro.

CUNAS.

Estos muebles, destinados al uso de nuestra primera edad, revelan desde luego el carácter artístico de la Inglaterra, es decir, que el adorno forma su parte principal, pues las flores y las hojas se han prodigado, especialmente en una de las cunas, á espensas de la armonía del conjunto y de la finura y de la delicadeza del dibujo.

VASO DE PORCELANA DE BAVIERA.

La muestra que hoy ofrecemos es el signo nacional mas pronunciado de la inspiración artística de los bávaros, grandes bebedores de cerveza: así tambien puede pasar por la traducción del gusto de esos sueños que suben al cerebro, bajo la influencia de la fermentación de la cebada, en los pueblos del Norte. M. Neurenther, á quien se deben los diseños de esa especie de cubiletes, se halla al frente de la real fábrica de porcelanas de Baviera, y al remitir sus muestras á la Exposición se excusa del poco pulimento de ellas. Nadie echará de menos su falta de finura, porque el arte, aun cuando se presente tosco, no carece de encantos.

ARIADNA ABANDONADA, Y SANTA ISABEL REINA DE HUNGRIA.

A propósito hemos reunido en una misma página dos estatuas, que no tienen entre sí la menor relación: el dolor de Ariadna y la austera y serena figura de Isabel de Hungría, porque es un timbre glorioso para el estatuero, que copie los grandes modelos de la antigüedad, traducir sentimientos y pasiones que sus maestros desconocieron.

La escuela moderna puede presentar una Ariadna y tratar este asunto con mas ó menos acierto; pero Isabel de Hungría, uno de los símbolos vivos del cristianismo, pertenece á un orden de ideas y de sentimientos diferentes. Hay una era, un mundo entre estas dos condiciones de la muger y de la reina que es una santa, la reina del milagro de las rosas, la muger, cuya familia no solo se compone de hijos nacidos de sus entrañas, sino de todos los pobres que Jesucristo le manda adoptar por suyos.

La estatua de Isabel de Hungría revela perfectamente esta transfiguración del alma. Reina por su porte y por su gesto, mas que por la diadema que ciñe su cabeza, se adivina que es madre, como lo son las santas y las vírgenes, sin que en sus brazos descansa niño alguno.

Se puede censurar que Ariadna represente una joven desesperada y demasiado desnuda, porque su dolor no participa de la magestad del de Dido ni del de Fedra. Lo mismo decimos de su desenvoltura, mas moderna que su túnica. En cuanto á Isabel, es la misma reina católica canonizada.

VIDRIERAS DE LA IGLESIA DE SAN LORENZO.

Debemos decir, para gloria del arte moderno, que en vista de las magníficas vidrieras de M. Galimard, la pintura sobre cristal de nuestra época compete en mérito con la de la edad media.

Nueve grandes composiciones comprende la decoración del coro de San Lorenzo. Tres en el fondo: Jesucristo dando la bendición al pueblo de Judea, san Lorenzo y santa Apolonia. Tres á la derecha, que representan el martirio de esta santa, san Ulpiano y los cuatro Evangelistas; y tres á la izquierda, el martirio de san Lorenzo, santa Filomena y san Pablo.

Desde luego se adivina el pensamiento, la idea sintética que ha dictado esta composición monumental. *Ley divina, Obediencia y Recompensa.*

Se observa en todas las figuras una espresión que nunca dieron los antiguos á las suyas, ya sea que desconociesen la teoría de la armonía de los contrastes, ya que la viveza de sus colores no se prestase tanto á los efectos de las sombras.

Resaltan una verdadera unción y la mas esquisita pureza de lineamientos en las facciones tranquilas de Jesucristo y en sus ojos inspirados: en una palabra, puede decirse de toda la obra que es la mejor que en su género se conoce, si exceptuamos la de santa Gudula de Bruselas.

EL DEGUELLO DE LOS INOCENTES.

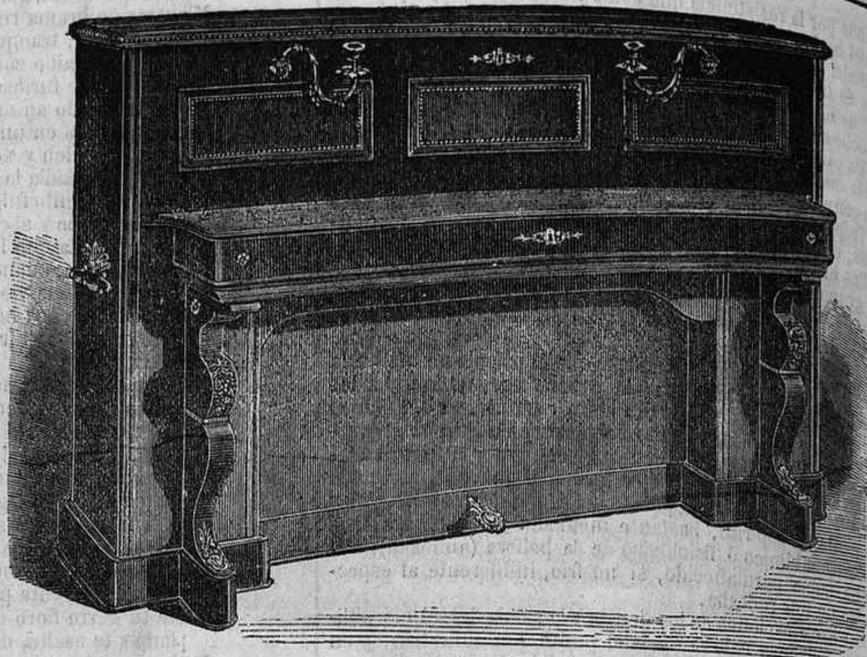
Esta estatua acompaña en la Exposición á las dos de Ariadna abandonada y santa Isabel reina de Hungría. Esa madre que se encoge, que intenta desaparecer de la vista, que quiere cubrir enteramente á su hijo con su cuerpo, para ocultarlo á los sicarios de Herodes, se asemeja á la desconsolada Niobe. Entre esa muger llena de angustia por la incertidumbre de la suerte que aguarda al hijo de sus entrañas, y Ariadna, que riega con sus lágrimas el peñasco solitario, único testigo de sus ayes, no hay mas distancia que un siglo, la distancia que media entre la amante y la madre.

La judía simboliza tan admirablemente el objeto que representa, que á falta de epígrafe, cualquiera diría, creyendo ver el cuchillo levantado sobre este grupo: *Es el degüello de los inocentes.*



El degüello de los Inocentes.

PIANO VERTICAL.
 La casa de Sebastian Mercier presentó en 1828 los dos primeros pianos de esta clase fabricados en Francia. El piano recto de cuerdas oblicuas preocupó al poco tiempo la imaginación de los artistas; y Mercier, animado por sus propios adelantos, confiando en sus conocimientos especiales y en su laboriosidad, se dedicó á introducir reformas importantes en el citado instrumento.
 Inútil es que nos detengamos á esplicar el mecanismo de un piano vertical; hoy se ha generalizado tanto; que sería una vulgaridad nuestro empeño.
 El mismo Mercier ha espuesto dos instrumentos de esta clase en el *Palacio de cristal*; uno de ébano sencillamente adornado de molduras, pero riquísimo en armonía; el otro es de *caraoa* de Indias y de un trabajo delicadísimo.



Piano vertical de Mercier.



Sillon acústico.

SILLON ACÚSTICO.
 Mr. Jeamelme ha presentado en la *Esposicion* gran número de sillones; pero el acústico, cuyo grabado publicamos, es el que ha llamado realmente la atención en el *Palacio de Cristal*. Su trabajo es esquisito, aun cuando los franceses censuran su estilo *imperial*, suponiendo que es tan incompatible con el gusto moderno, como los muebles del tiempo de los Césares romanos, y puede asegurarse que M. Jeamelme ha puesto con esta obra el sello á su bien merecida reputación.

DIVAN CIRCULAR.

Mr. Amadeo Conder ha espuesto en Londres varios objetos de la mayor elegancia, como que es uno de los mas activos promotores del progreso, que han procurado seguir los artistas de las demas naciones respecto á dibujos de muebles suntuosos.

El divan cuyo grabado ofrecemos corresponde al estilo del renacimiento, y se compone de diez y ocho grandes tableros que sirven de respaldos á todo el adorno de un magnífico salon: la tapicería que los cubre representa asientos mitológicos; las nueve Musas y varios vasos preciosos coronan la base de la decoración.

A esta primera parte se sobrepone en el centro tres figuras de bronce de formas hercúleas sosteniendo jarrones llenos de flores, y Apolo que preside con la lira en la mano y la cabeza circundada de rayos luminosos.

En los diez y ocho tableros se ven los doce trabajos de Hércules y seis divinidades del paganismo.

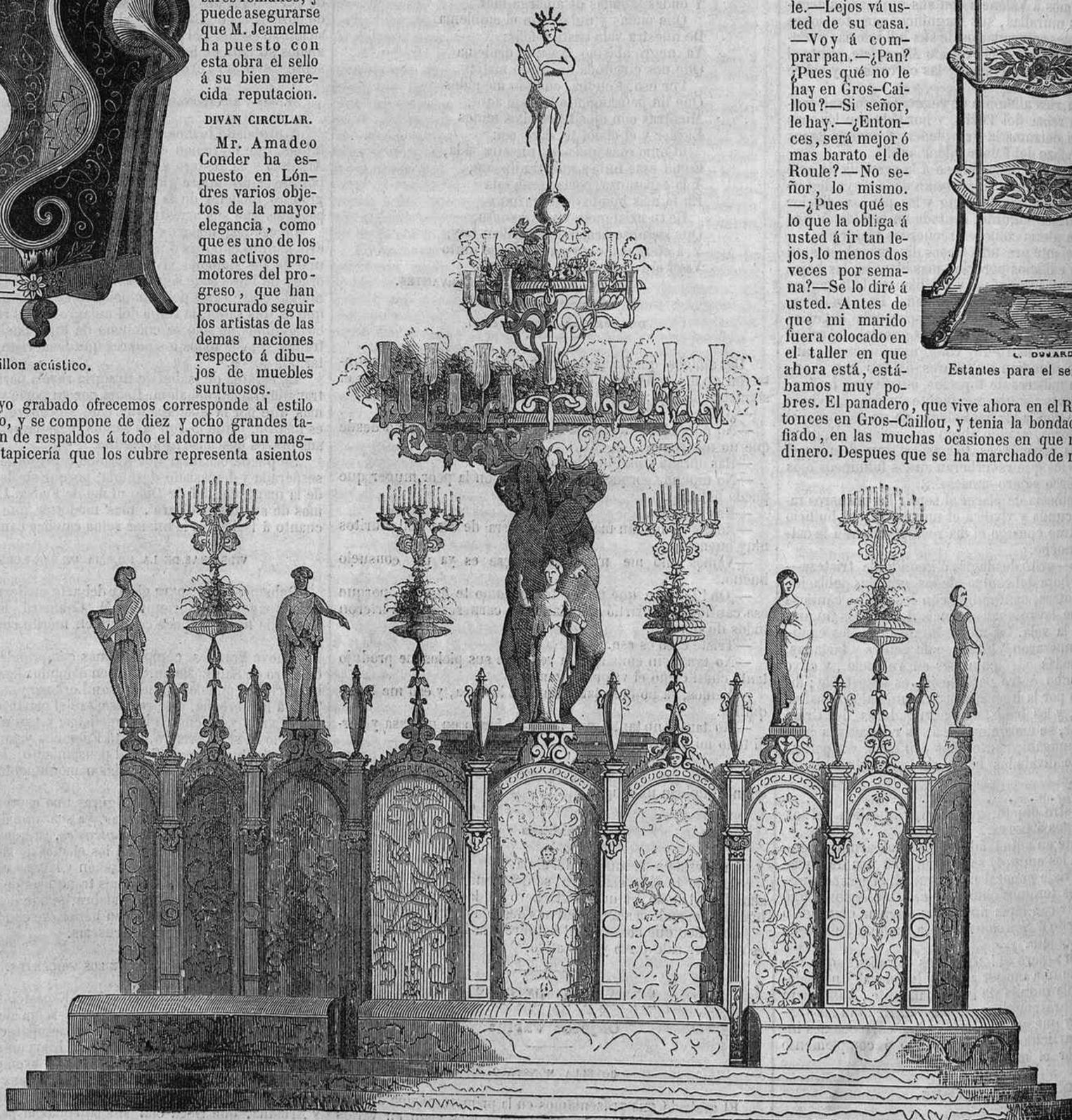
La gratitud.

El conde de M... atravesaba el Sena, entre el cuartel de Inválidos y el Puente Real, en el mismo barco que una muger del pueblo bajo. Un hombre de

talento saca partido de todo. El conde entabló conversacion con su compañera de travesía.—¿Es usted casada?—Si señor.—¿Y qué hace su marido de usted?—Trabaja en la construcción de lanchas.—¿En qué barrio de París vive usted?—En el de Gros-Cailou.—¿A dónde vá usted?—A la barrera de Roule.—Lejos vá usted de su casa.—Voy á comprar pan.—¿Pan?—¿Pues qué no le hay en Gros-Cailou?—Si señor, le hay.—¿Entonces, será mejor ó mas barato el de Roule?—No señor, lo mismo.—¿Pues qué es lo que la obliga á usted á ir tan lejos, lo menos dos veces por semana?—Se lo diré á usted. Antes de que mi marido fuera colocado en el taller en que ahora está, estábamos muy pobres. El panadero, que vive ahora en el Roule, habitaba entonces en Gros-Cailou, y tenia la bondad de darnos el pan fiado, en las muchas ocasiones en que nos hallábamos sin dinero. Despues que se ha marchado de nuestro barrio, hemos prosperado bastante. Ya vé usted, caballero, cada uno demuestra su gratitud á su modo. Hoy en dia, le compro el pan á nuestro antiguo vecino para agradecerle el que nos le diera tanto tiempo fiado.



Estantes para el servicio de mesa.



Divan circular.—Modelo para amueblar un palacio.

¡Noble ejemplo de gratitud, que raras veces se encuentra en otras clases mas elevadas!

Los impresores en el ejército de Napoleón.

Decian delante de una señorita, que Napoleón llevaba en su ejército una porción de cajistas é impresores. —Sería, dijo aquella, para imprimir papeletas de entierro.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, y calle de ALEMARCA, Jaco Gutierrez, 20.